

ANSIA

Bum bum.

Bajaba por la escalera detrás de la chica ordenándole que parara, pero ella hacía caso omiso. La estela de su aroma se colaba por sus fosas nasales nublandole los sentidos, impidiéndole pensar. Maldijo en silencio, si no era capaz de hacer que se fuera las cosas iban a acabar muy mal para ambas.

- ¡Te ordeno que te detengas!- exclamó Catra.

La muchacha por fin se paró en seco y se giró. Ya no tenía la actitud desenfadada que había mostrado durante su encuentro en la biblioteca, su semblante era serio. No había un ápice de duda en su mirada, sus ojos claros estaban despejados y mostraban una determinación férrea.

- ¿A qué has venido?- preguntó Catra incómoda. Llevaba demasiado tiempo sola, no estaba acostumbrada a sentirse observada, menos aún por una cría que no podía ser mucho mayor que ella.
- He venido a hablar de negocios- contestó la chica con autoridad.

La luz que se colaba por los ventanucos de la cocina las iluminó a ambas por un momento, lo que permitió que Catra pudiera ver sus facciones con claridad por primera vez. Era alta y esbelta, pero bajo la ropa que vestía podía adivinarse el contorno de unos brazos y piernas bien tonificados, seguramente gracias al trabajo de campo. Su melena caía desordenada por debajo de su clavícula, adquiriendo un tono plateado en los puntos en los que reflejaba la luz de la luna. Sus ojos azules la miraban serios, pero Catra se fijó en las sombras que tenía bajo ellos. A pesar de la energía que rebosaba al moverse y en su tono de voz parecía cansada, y en su expresión podía adivinarse un punto de desesperación y tristeza impropio para una persona tan joven. Tenía los puños apretados con fuerza, pero las manos le temblaban ligeramente. La muchacha sacudió la cabeza y su olor la golpeó con fuerza, mucho más intenso que durante el ataque en la biblioteca. Nunca había sentido nada igual, su esencia despertaba en ella los instintos más primarios. La bestia que albergaba en su interior rugió furiosa, ansiosa por tomar el control para morder y desgarrar. Para beber. Catra retrocedió.

Bum bum.

La muchacha seguía hablando, pero sus palabras no tenían sentido para ella. Solo podía escuchar el latido de su corazón, cada golpe retumbaba en sus tímpanos como si latiera en su propio pecho y no en el de la chica. Podía sentir como la sangre salía a través de sus arterias y circulaba por su cuerpo, llenando de vida cada uno de sus tejidos. Sus mejillas rosadas, su piel cálida...su fragancia embriagadora. Estaba a punto de perder el control, sentía al monstruo alerta, atento a cualquier descuido para tomar el control de su cuerpo. Notaba como los colmillos se le alargaban instintivamente, buscando del límite de sus labios para acabar con la presa que se encontraba a tan solo un paso de distancia. Intentó poner la mente en blanco y centrarse en sus palabras.

- ...llevas años abandonando el cuidado de tus tierras, solo viniendo a cobrar la parte que te corresponde sin siquiera molestarte en comprobar si necesitamos algo, y hemos cumplido sin rechistar. Sin ninguna ayuda por tu parte. Pero la situación es insostenible. Estamos ahogados, la gripe española ha acabado con la mitad de la aldea y el resto nos morimos de hambre debido a la sequía, nos hemos quedado sin cosechas. Tienes que ayudarnos.- concluyó la chica.



A pesar de que su tono era firme, Catra se dio cuenta de que la voz se le quebró con la última frase. Parecía orgullosa y resuelta, no debía de ser alguien que pidiera ayuda a extraños, mucho menos colándose en castillos ajenos para hacerlo. Tenía que estar desesperada. Catra inspiró hondo, la bestia seguía ahí, la sentía. Sus músculos se tensaron por el esfuerzo de mantener el control. Sacudió la cabeza para despejarse y la miró.

- Eres la hija de Randor, ¿no? ¿Cómo te llamas?- preguntó.

La chica la miró sorprendida. Catra no pudo evitar esbozar una sonrisa arrogante.

- Estoy más informada de lo que piensas, no creas que no sé lo que pasa en mis tierras. Dime tu nombre- exigió muy seria.

Tenía que deshacerse de la muchacha cuanto antes o acabaría muerta. Su aroma impregnaba cada rincón de la habitación, estaba atrapado en sus fosas nasales, intoxicándola. Su esencia se estaba quedando grabada a fuego en su cuerpo dejando una huella indeleble. No sabía lo que podría pasar si no conseguía que se marchara, pero quedar marcada por su olor no podía significar nada bueno. El monstruo estaba deseoso de liberarse, a punto de quebrar la poca fuerza de voluntad que le quedaba. Notaba su ansia por devorarla. Se abrazó a sí misma en un intento por controlar el temblor que comenzaba a extenderse por su cuerpo y ahogó un gáñido animal.

- Adora. Me llamo Adora- contestó ella.
- Muy bien, Adora, te daré lo que necesites, pero será en otro momento.- contestó cortante.
- ¡No! ¡Es una emergencia, necesitamos ayuda ya! ¿Es que no lo entiendes? ¡Nos estamos muriendo!- exclamó Adora desesperada- No creas que me iré sin que me des una solución ahora mismo. No pienso marcharme hasta no tener un contrato vinculante firmado- se cruzó de brazos y se sentó en la mesa de la cocina. No tenía intención de moverse.

Catra soltó una maldición. Se estaba quedando sin tiempo.

- Ahora mismo estoy ocupada. No tengo tiempo para asuntos administrativos.-replicó en un gruñido.

Una corriente eléctrica la sacudió de pronto, haciendo que se doblara hacia delante. El ansia se apoderaba de ella, comenzó a salivar sin control. Los colmillos se alargaron desmesuradamente hasta asomar por debajo de sus labios. De pronto oyó una exclamación, y el olor a sangre la golpeó con fuerza. Adora se había levantado para ayudarla al verla desplomarse y se había desgarrado el brazo con la esquina metálica de la encimera. La sangre empapaba su antebrazo y goteaba de sus dedos al suelo, donde ya se había formado un pequeño charco. Catra se vio reflejada y apenas pudo reconocerse a sí misma. Se acabó el juego.

- ¡¡MÁRCHATE!! – rugió aterrada. Fue lo último que pudo decir antes de perder la conciencia de sí misma por completo.



